

XXXVIII.

El cazador, del sueño recobrado,
Se queda sorprendido al ver delante
Doncella tan hermosa en tal estado.
Ordénala que luego se levante;
Porque tal acto, dice, solo es dado
Al criador de todo. Titubeante
La jóven le pregunta: “¿Pues no veo
“En tí al hijo divino de Ethieo (5)?”

XXXIX.

“Yo soy Eudoro, el cazador responde,
“Miserable mortal de aqueste suelo.
“A solo Dios la gloria corresponde.
“Si de la oscuridad le cubre el velo,
“Y en densa nube su esplendor esconde,
“Su existencia publica tierra y cielo,
“Que en todas partes su grandeza brilla:
“A él solo debe hincarse la rodilla.”

XL.

Cimodocea atónita no entiende
Lenguaje para ella desusado
Que su capacidad pasa y trasciende.
Al pronto teme sea algun malvado
Que los Dioses persiguen; mas suspende
Su juicio al ver el noble y mesurado
Semblante, tan ajeno del impio,
Y luego le refiere su extravío.

XLI.

El extranjero quiere consolarla,
Viendo tal sencillez con tal belleza,
Y á la casa del padre va á llevarla.
Pocos pasos andados se tropieza
Una muger tendida, y al mirarla,
Reconoce una esclava en la pobreza.
Dála su manto, viéndola desnuda,
Y con nombre de hermana la saluda.

XLII.

Cimódoce admirando que un dictado
Tan dulce y amoroso pueda darse
A una esclava que vé en tan triste estado,
De que el gentil ni aun llega á lastimarse,
“Sin duda, le pregunta, habeis pensado
“Que alguna alta deidad por ocultase,
“De esclava se ha vestido?” “No, responde,
“Este título á todos corresponde.”

XLIII.

En esto el aura fresca comenzaba
Del lado del oriente, señal cierta
Que la aurora su lecho abandonaba
Y del áureo palacio abría la puerta.
La cumbre del Taigétes principiaba
A blanquear no bien con luz incierta,
Cuando al tomar la vuelta de un otero,
Parece la nodriza en el sendero.

XLIV.

“¡O hija mia, que pena me has causado!
“Esclama Eurimedusa; ya temia
“Que te hubiese en las sombras Pan (6) robado.
“Este Dios aborrece el claro dia;
“Y cuando con los Faunos ha danzado,
“No hay cosa que se iguale á su osadía.
“¡Como iría yo ¡ay! á la presencia
“De tu adorado padre con tu ausencia!

XLV.

“Yo era jóven, y un dia en la ribera
“De Najos, patria mia, jugueteando,
“De pronto me asaltó una tropa fiera
“Que el imperio de Tetis va surcando
“Con mano airada y de botin prospera.
“A la isla de Creta navegando,
“Ganan un puerto lejos de Gortina
“Cuando á pié un hombre en medio sol camina.

XLVI.

“Tu padre que á trocar tapiz milecio
“Por trigo de Teodosia habia llegado,
“Me compra á los piratas: fueron precio
“Dos toros que no habian señalado
“Surcos de Ceres. Luego haciendo aprecio
“De cuanto le era fiel á su mandado,
“Vigilante y solícita, no tarda
“En confiar su tálamo á mi guarda.

XLVII.

“Y cuando Ilitia (7) cruel de eterno velo
“A Epícaris cubrió, tu padre triste
“En mis brazos te puso. ¡Qué desvelo
“En tu infancia costaste y penas diste!
“Yo te mecí en la cuna; mi consuelo
“Era emplearme en tí; solo quisiste
“De mis manos tomar el alimento,
“Y en faltando llorabas al momento.”

XLVIII.

Al mismo tiempo que esto la decia,
Entre sus brazos tierna la estrechaba
Y de cariño lágrimas vertia.
La jóven en el llanto la imitaba.
“No temas, la responde, madre mia,
“Que una deidad mas casta me guiaba,
“Y despues me ha enviado este divino
“Conductor que me ha puesto en el camino.”

XLIX.

El cazador miraba enternecido
Esta amorosa escena que un instante
Si rostro majestúoso ha conmovido.
Mas recobrando luego su semblante:
“Cimodocea, dice, he concluido
“Mi obligacion, pues la aya ves delante,
“Y la casa del padre no está lejos:
“¡Ojalá te dé Dios otros consejos!”

L.

Así habla, y sin que espere su respuesta,
Ligeramente de ellas se separa,
Y parte mas veloz que una ballesta.
Atónita la jóven le repara;
Mas creyéndole Dios de la floresta.
Temiéndole mirar, vuelve la cara;
Porque sabe que un Dios ha castigado
Al que atrevidamente le ha mirado (8).

LI.

Un momento se queda enagenada
De estupor sacro el alma poseida.
Luego, de Eurimedusa acompañada,
Prosigue su camino; á la subida
Llega del monte Itómo deseada;
Y pasando la fuente de Clepsida,
En el templo de Homero por fin entra,
Y al angustiado padre en él encuentra.

LII.

El anciano Pontífice amoroso
La noche toda habia andado errante
En busca de su hija cuidadoso.
La ausencia de Hierócles no es bastante
A dar á su inquietud algun reposo,
Que todo teme un corazon amante.
Mas cansado y sin fruto habia vuelto
En amarga tristeza y pena envuelto.

LIII.

Así, cuando de su hija oye el acento
Poseido de súbita alegría,
Poco falta que muera de contento:
Estrechando sus brazos, parecia
De su boca beber el dulce aliento,
Y amorosas palabras la decia.
Así arrulla la tórtola á su hijuelo
Cuando por vez primera ensaya el vuelo:

LIV.

“¿Cómo, decia, hubiera yo podido
“Sobrevivir sin tí; ¿En qué he pensado
“Para dejarte sola! ¿No he temido
“Los satélites dignos del malvado?
“Pero nó: yo me hubiese dirigido
“Al César mismo, y á sus piés postrado:
“Dame, le hubiera dicho, á mi querida
“Cimodocea, ó quitame la vida.”

LV.

“Yo hubiese mi dolor al sol contado,
“Y como á Proserpina te buscára
“Por la tierra, y hubiese atravesado
“Los anchos mares hasta que te hallára.
“El destino de un padre despojado
“De sus hijos á todos lastimára;
“Pues ¿quién mas infelice que aquel hombre
“Que no deja herederos de su nombre!”

LVI.

Cimodecea en tanto con su mano
 De bruñido alabastro acariciaba
 La barba plateada del anciano,
 Y mil veces la frente le besaba.
 “Sosiégate, responde, sobrehumano
 “Ministro de inmortales, que no estaba
 “En poder del tirano: me he perdido
 “Y un jóven ó algun Dios me ha conducido.”

LVII.

Oyendo esto Demócodo ligero
 La aparta de su seno, y levantado:
 “¿Cómo, dice, te ha vuelto un extranjero,
 “Y la hospitalidad tú no le has dado!
 “¿Tú, descendiente del ilustre Homero!
 “Cuando la Grecia sepa que has cerrado
 “La puerta hospitalaria á un caminante,
 “¿Qué juicio formará de mí al instante?”

LVIII.

Al ver su indignacion Eurimedusa,
 Que en el anciano padre nunca viera,
 Responde por la jóven: “Tu hija escusa;
 “Voy á decirte la verdad sincera:
 “Una sacerdotiza de la Musa
 “No bien acompañada pareciera
 “Con un jóven, trasunto de Inmortales,
 “Que es grande la malicia en los mortales.”

LIX.

“¿Eurimedusa! el viejo” la responde,
 “¿Qué palabras son esas que has vertido?
 “¿Qué poco ese discurso corresponde
 “Con la prudencia que hasta aquí has tenido,
 “Algún genio (9) maligno en tí se esconde
 “Que te perturba el juicio y el sentido:
 “Sabe que para mí no hay injusticia
 “Mayor que abrir su seno á la malicia.”

LX.

Cimodecea entonces: “¿O sagrado
 “Pontífice! depon de tí la ira
 “Que nunca cosa buena ha aconsejado.
 “Cálmate, te suplico, atiende y mira:
 “Bien sabes que el perdon no le es negado
 “A aquel que á reparar su falta aspira;
 “Tú en linajes y estirpes ciencia tienes,
 “El jóven es un hijo de Lastenes.”

LXI.

La dulce persuasion luego derrama
 El bálsamo suave del consuelo
 En el pecho del padre. “O hija! esclama,
 “No en vano vistes el sagrado velo
 “De Profetisa: en tí veo la llama
 “Que alumbra mi vejez en este suelo.
 “No hay jóven de tu edad que á ti igualarse
 “Pueda, en gracias ni en juicio compararse.”

LXII.

“Es verdad, hija mia, yo poseo
“La ciencia genêalógica, y pudiera
“Competir antes con el mismo Orfeo.
“Lastenes es de Arcadia la primera
“Y mas noble familia: el rio Alfeo (10)
“La ha dado ilustre origen, y enumera
“Entre sus mas preclaros ascendientes
“Polibio y Filopémen eminentes.

LXIII.

“El nombre de Lastenes es glorioso
“Por su hijo Eudoro, el mismo que has dejado
“Despues que te salvó en el bosque umbroso.
“En el campo de Marte señalado
“Dió pruebas de prudente y valeroso,
“Y á las mayores honras fué elevado;
“Mas despues de haber hecho mil hazañas,
“La Fama cuenta de él cosas estrañas.

LXIV.

“Pero mañana así que en el oriente
“Haya el primer albor aparecido,
“Y antes que el claro sol haga patente
“Segunda vez el yerro cometido,
“Irem'os á ofrecer nuestro presente
“A Eudoro que repare tu descuido.
“Tambien veré si la sabiduría
Iguala á su valor y nombradía.”

LXV.

Dichas estas palabras, hácia el ara
Se dirige el anciano de la musa,
Y vierte en libacion una onda clara,
Traida de la fuente de Aretusa,
Que con vino adorífero mezclára.
Con su hija luego y con Eurimedusa
A los Lares domésticos suplica,
Y una becerra blanca sacrifica.

LXVI.

Hecha la expiacion, Cimodoce
Se retira á su cuarto, donde, luego
Que en baño delicioso se recrea,
Se prepara á tomar dulce sosiego.
Mas allí está esperándola otra idea
Que la pone en mortal desasosiego,
Y en vano á la deidad del sueño nombra
Pidiendo que la cubra con su sombra.

LXVII.

La Vestal candorosa percibia
En su seno virgineo diferente
Y grato movimiento que la hacia
Latir el corazon mas fuertemente.
La calma de la noche la traia
Y grababa en su alma blandamente
La memoria del jóven extranjero
Envuelta en el placer mas lisonjero.

LXVIII.

Su corazon incauto no rehusa
Los latidos de amor, que ella inexperta
Toma por la emocion de alguna Musa:
Así da al ciego Dios la entrada abierta,
Ya de su ingratitud negra se acusa;
Ya nuevamente en su opinion incierta,
Duda si será un Dios el extranjero,
Y teme ahora lo que amó primero.

LXIX.

Entre estos pensamientos vacilante,
La aurora llega á colorar el dia.
Demódoco, despierta al mismo instante,
Sus siervos levantar gritando hacia.
Ya Evemón diestro un carro rutilante,
De marfil adornado, suspendia
Con correas flexibles y dobladas
En dos ruedas de bronce tachonadas.

LXX.

Hestioneo de Epiro inteligente
Dos mulas saca luego de una altura,
Los ojos vivos, piel resplandeciente,
Que á la nieve no ceden en blancura.
Atándolas al yugo mansamente,
Acaba de ensalzarlas la hermosura
Con jaeces del oro centelleantes
Con que quedan mas bravas y arrogantes.

LXXI.

Eurimedusa, llena de esperiencia,
(Consuelo reservado á larga vida
Con el respeto dado á la prudencia)
Prepara el pan y el vino. A su vez cuida
Demódoco del don, cuya escelencia
Al hijo de Lastenes la debida
Reparacion ofrezca del descuido
Que su hija inesperta ha cometido.

LXXII.

Una copa de bronce hacia este,
Obra maravillosa de vulcano:
En ella está grabado con celeste
Artificio la historia del Tebano
Cuando del arco mismo saca á Alceste
A pesar de Pluton, y con su mano
La restituye á Admeto, el beneficio
Premiando doble que admitió en su hospicio.

LXXIII.

Este cáliz famoso Ajax tocára
Con Tiquio de Hile, celebrado armero
Por sepúpele escudo que levára
Todo el sitio de Troya aquel guerrero.
La familia de Tiquio que hospedára
Al vate ilustre que cantó el primero
La empresa estrema de la Dánaa gente,
Le dió esta copa célebre en presente.

LXXIV.

A la isla de Samos luego fuera
El sublime cantor, y recibido
En casa de Creofilo, le diera
Al tiempo de su muerte agradecido
La copa y los poemas que escribiera.
Después los hijos de este no han sabido
Apreciar su valor, y de su mano
Los recibió Licurgo el Espartano.

LXXV.

De Licurgo en seguida el mundo entero.
Heredó los poemas que inspirára
Apolo mismo al celestial Homero.
La copa á los Homéridas pasára
Hijos del sacro vate, y el postrero
Demódoco de todos la heredára;
Y como halaja preferible al oro
Hoy la destina por regalo á Endoro.

LXXVI.

Cimódoco se viste una lijera
Ropa, color de lirio, semejante
Al cinto de las Gracias, y pudiera
Con ellas competir en lo elegante:
Sus blancos piés adorna á la manera
De las Ninfas con lazo undi-flotante;
Y una aguja dorada sus cabellos
Suspende á la cabeza en rizos bellos.

LXXVII.

El velo de las Musas en seguida
La trae Eurimedusa, que, guardado
En una caja de oro guarnecida,
Se conservaba siempre perfumado.
La fragancia que exhala es parecida
A un campo que de flores es sembrado.
La vírgen se lo pone á la cabeza,
Y va á buscar al padre con presteza.

LXXVIII.

A este instante el anciano se avanzaba
De purpúrea talar ropa vestido
Que en precio una hecatombe superaba.
Luego con su hija cara reunido
Monta el carro radiante que esperaba;
Y Evemón diestro, apenas han subido,
Bate las blancas mulas con tal arte
Que el coche como un rayo veloz parte,

